



Inicio de pregón

Mairena del Alcor se queda en silencio cuando la tarde del Jueves Santo cae y el aire empieza a oler a víspera. No es un silencio vacío, es un silencio que recuerda, que reza y que espera. El pueblo sabe que algo eterno está a punto de volver a pasar, porque aquí la fe no se anuncia: se siente.

Y en ese latido común, Mairena alza la mirada hacia el Señor de la Humildad. Cristo sereno, Rey sin trono, Dios que no impone su poder, sino que se inclina para enseñarnos el camino. En su gesto callado cabe el dolor del hombre y la esperanza del creyente. Humildad no es pequeñez, es la mayor de las grandezas.

A su alrededor camina una Hermandad que ha aprendido a hablar bajito y a andar firme. La Humildad no necesita alzar la voz para ser ejemplo. Es barrio, es familia, es trabajo constante y fe vivida sin alardes. Es Mairena hecha cofradía, avanzando despacio por sus calles.

Y hoy este pregón se detiene en una fecha que ilumina el presente y asegura el mañana: treinta años de la Juventud de la Humildad. Treinta años de ilusión, de manos jóvenes aprendiendo a amar una devoción, de fe sembrada con esperanza. No son solo años: es futuro, es relevo, es la certeza de que la Hermandad sigue viva.

Juventud de la Humildad, somos herencia y promesa. Somos la prueba de que la tradición, cuando se cuida, no envejece, sino que se renueva.

Y cuando el paso avance, no caminará solo el Señor. Caminará Mairena entera.

Hermano mayor, Junta de Gobierno, Diputado de la Juventud Humildad, Diputada de juventud de la hermandad madrina, Grupo Joven de la Humildad, Grupos Jovenes invitados, hermanos y hermanas en Cristo.

Comienzo

Cuando Diego, nuestro Diputado de Juventud,
me dijo de ser el pregonero del trigésimo aniversario
de la Juventud Humildad,
no lo pensé dos veces: dije que sí.
Lo dije con el corazón, sin dudar,
como se responde cuando uno siente que algo le pertenece,
cuando sabe que esa llamada viene del alma,
de esa parte invisible que late al ritmo del incienso y la devoción.

Y fue entonces, justo entonces,
cuando empezaron a brotar en mi mente miles de recuerdos,
instantes vividos, emociones guardadas,
momentos que no se olvidan porque están hechos de cariño.
Y también, cómo no, comenzaron los nervios.
Nervios de los buenos,
de los que anuncian que algo importante está por suceder.
¿Qué diré? ¿Cómo saldrá? ¿Estaré a la altura?
Pero hoy, aquí, ante vosotros,
con el corazón latiendo fuerte,
ya no hay lugar para el miedo.
Porque cuando se habla desde la fe y el amor,
las palabras se ordenan solas,
y la emoción encuentra su propio camino.

Antes de recorrer este camino que es mi pregón,
quiero dar las gracias.

Gracias a la Junta Joven,
por confiar en mí y entregarme esta responsabilidad que es un
honor.

Gracias a mi compadre,
que con su presentación me ha descrito de los pies a la cabeza,
con la amistad sincera que solo se da
cuando dos almas caminan juntas.

Gracias a mi familia,
por su apoyo constante, por su paciencia y su cariño,
por estar siempre ahí, cuando el alma flaquea y el corazón se
agita.

Y sobre todo, **gracias a ti, papá.**

Tú que me criaste entre cirios, túnicas y cornetas.

Tú que hiciste de mí un humildista desde la cuna,

fíjate que al día siguiente de nacer ya me tenías
inscrito como hermano de esta bendita Hermandad.

Desde entonces, la Humildad forma parte de mí,
no como un título, sino como una forma de vivir.

Porque la Hermandad no se lleva colgada al cuello,
se lleva en el alma,

como una llama que no se apaga,

como un latido que acompasa toda una vida.

Mi padre me recuerda,

la primera levanta del Señor de la Humildad en el año 2009.

Aquel instante quedó grabado en mi alma
como un sello sagrado.

Esa primera levanta fue dedicada a mí,

al nazareno más pequeño de la Hermandad,
a aquel niño que aún no comprendía
lo que era una cofradía,
pero que ya sentía que su corazón se alzaba junto a Dios,
que cada golpe del martillo era un latido de amor.
Y aunque mis pies apenas tocaban el suelo,
ya mi alma caminaba con el Señor.

Desde entonces mi alma supo que ese era mi lugar,
que mi vida, de alguna manera,
iba a girar siempre alrededor de esta Hermandad,
de sus pasos, de sus imágenes y de su gente.

En mi retina están los primeros ensayos con mi padre.
Aquellos días en que el aire olía a ilusión y a trabajadera,
y yo, pequeño, acompañaba a ese hombre
que para mí siempre fue el ejemplo más grande de humildad y
entrega.

Mientras mi madre aguardaba hasta la madrugada,
con ese amor silencioso que solo una madre conoce,
esperando nuestra vuelta para saber si el ensayo había ido bien,
si regresábamos cansados, pero enteros,
si el sueño seguía intacto.

Como lo hace hoy, cada vez que marcho a los ensayos
de donde soy capataz o costalero,
consciente y orgullosa de que su hijo camina un sueño heredado,
de que aquel anhelo de mi padre hoy late en mí,
y de que su hijo, el pequeño,
es humildista y cofrade.

Yo en el ensayo me sentaba en la zambrana, observando,

aprendiendo,
viendo cómo se ensayaba la fuerza y el compás,
cómo el sudor se mezclaba con la fe,
cómo los costaleros, con la frente mojada y el alma firme,
alzaban al cielo el paso del Señor de la Humildad.

Y allí pegado en la zambrana en el costero derecho estaba mi tío
Carlos, que cuando era joven dedicó muchas horas a construir
parte de esta casa hermandad con Antonio Reyes de Hermano
Mayor y como no un gran costalero de corazón,
que entre las voces del ensayo me abrazaba fuerte,
como diciendo:

Mira, sobrino, esto es Hermandad, esto es familia.
Y ese abrazo suyo me enseñó más
que cualquier palabra del mundo.

Seguí creciendo entre ellos,
aprendiendo a mirar desde abajo,
a comprender que ser humilde no es inclinar la cabeza,
sino levantar el alma.

Seguí los pasos de mi padre,
aprendiendo el arte de ser capataz,
de guiar con voz firme pero con ternura,
de llevar su nombre, su ejemplo y su legado
hasta lo más alto del cielo.

Porque ser capataz no es mandar,
es servir.
Es hablar con el corazón y dirigir con el alma,
es tener el privilegio de mirar al Señor cara a cara
y decirle: “Aquí estamos, Señor,
dispuestos a llevarte donde Tú quieras ir”.

También recuerdo aquellos días en que,
con mis manos pequeñas y mi corazón grande,
ayudaba a montar los altares de cultos,
tanto del Señor de la Humildad
como de Nuestra Señora de los Dolores.
Entre telas, flores y velas,
fui comprendiendo que el arte de servir a la Hermandad
es también una forma de rezar.
Cada ramo que se coloca,
cada paño que se plancha,
cada luz que se enciende,
es una oración silenciosa de esta hermandad penitente.

Así crecí, entre altares y pasos,
entre ensayos y oraciones,
entre la voz de mi padre y el abrazo de mi tío.
Crecí en la Hermandad,
bajo el manto de la Virgen de los Dolores,
a la sombra del Cristo de la Humildad.
Y desde entonces supe que este camino
no se abandona jamás,
porque quien nace humildista
lleva en su sangre la entrega y el amor de esta bendita
Hermandad.

Hoy, mirando atrás, me doy cuenta
de que cada paso vivido ha sido enseñanza,
que cada año me ha acercado un poco más al Señor.
Y por eso, cuando me preguntan qué significa la Hermandad,
respondo sin dudar: **significa todo**.
Significa fe, familia, entrega e historia.
Significa mirar atrás y agradecer,

mirar al cielo y confiar,
mirar al prójimo y tenderle la mano.

Porque la Hermandad une, consuela y educa.
Es un lazo que atraviesa generaciones,
que hace que un abuelo, un padre y un nieto
sientan el mismo orgullo,
la misma emoción cuando suena el llamador,
cuando el paso se levanta y la gente reza.

Hoy, desde este atril,
mi voz es la de aquel niño de la zambrana,
la del sobrino abrazado por su tío costalero,
la del hijo que aprendió de su padre
a llevar el nombre de la Hermandad con honor.
Y a todos ellos, a los que estuvieron y a los que están,
a los que ya descansan en los brazos de Dios,
también les dedico este momento.

Porque cada uno de ellos
ha sido y sigue siendo parte de lo que soy.
Porque su ejemplo, su fe y su humildad
me han enseñado que el camino del cristiano
se recorre con el corazón arrodillado
y los ojos puestos en el cielo.

Y así, con la emoción que no me cabe en el pecho,
quiero cerrar este fragmento con unos versos,
con una oración hecha poesía,
con el alma puesta ante Ti,
Señor de la Humildad, porque tú

**Eres silencio en la tarde que calla,
eres consuelo en el alma que llora,
eres la cruz que al cielo señala
el camino del hombre que ora.**

**Bajo tu paso se forja la historia,
bajo tu mirada el miedo se calma,
porque tu Humildad no es derrota,
es la victoria del alma.**

**Tú, Señor, que vistes de tierra y de cielo,
que enseñas al hombre a ser sencillo,
haz de mí siempre tu reflejo.**

**Dame tus ojos para mirar sin rencor,
tus manos para servir sin cansancio,
y tu voz, Señor, para decir al mundo
que solo el amor da descanso.**

**Y cuando llegue mi última levantá,
cuando el cuerpo ya no tenga fuerza
y el alma busque su final ,
haz, Señor de la Humildad,
que mi último aliento sea una oración,
que mi último paso sea hacia Ti,
y que al abrir los ojos del alma
te vea, Cristo mío, esperándome allí.**

A la juventud humildad

A vosotros, jóvenes humildistas,
luz que amanece entre incienso y oración,
esperanza del mañana y alegría del presente,
os dedico este pregón;
y junto a vosotros, también a mi hermana,
que aunque su caminar no pueda hoy estar en este grupo joven,
habita plenamente en él con un corazón eternamente joven y
humildista,
un corazón que siente, cree y ama sin límites,
y que, como este pregón, ha nacido del corazón.

Porque este año no es uno cualquiera:
Es un año de recuerdo, de gratitud y de historia.
Treinta años cumple nuestra Juventud Humildad,
treinta años de servicio, de fe y de entrega,
treinta años de corazones firmes
que, sin ruido, sin presunción,
han sabido mantener encendida la llama del amor.

Treinta años que no se cuentan con palabras,
sino con pasos, con rezos y con silencios.
Treinta años que se sienten en la piel
cuando el cirio se apaga entre lágrimas,
cuando la túnica se viste de ilusión,
cuando el alma, emocionada,
mira al cielo y encuentra a Dios.

Fueron otros los primeros,
nuestros padres, nuestros tíos, nuestros amigos, los soñadores,
aquellos que, con manos sencillas y corazones grandes,
levantaron este grupo joven con humildad y fervor.

Ellos creyeron, trabajaron, esperaron.
Sin riquezas ni medios, pero con fe abundante,
plantaron una semilla que hoy da fruto constante.
Y nosotros, herederos de su ejemplo,
tomamos el testigo con el mismo fuego,
con la misma entrega, con la misma pasión.

Porque la Hermandad se construye cada día,
no con palabras, sino con obras.
Y cada gesto, cada ayuda, cada oración,
es ladrillo de amor.

Más recordad siempre, jóvenes humildistas,
que todo cuanto hacemos cada esfuerzo, cada sacrificio
es por Ellos:
por el Señor de la Humildad,
Rey sin corona de oro,
y por su Madre, Nuestra Señora de los Dolores,
Reina de la ternura y del consuelo.

Cuando el cansancio nos venza,
Miremos su rostro, y hallaremos fortaleza.
Cuando el deber nos parezca pesado,
pensemos en sus manos abiertas y su mirada serena.
Porque servir a Dios nunca es carga,
sino privilegio de amor.

Vivimos tiempos duros, hermanos,
tiempos donde muchos se alejan de la fe,
donde el ruido del mundo pretende acallar el alma,
y la verdad se oculta bajo capas de vanidad.
Pero la **fe**, cuando es sincera, resiste.

La **fe**, cuando nace del corazón, ilumina.
Y la **fe**, cuando se comparte, transforma el mundo.

Hoy, más que nunca, hacemos falta, tenemos que ser
jóvenes que no temamos a decir “**creo**”,
que no nos avergoncemos de rezar,
que levantemos la cabeza y miremos al cielo.
Tenemos que ser jóvenes valientes,
capaces de defender lo eterno,
de mantener viva la llama que otros encendieron.

No dejemos que nos roben la fe,
ni que nos arrastre el viento.
Seamos firmes, leales y humildes.
Mostremos con orgullo que somos hijos de la Hermandad,
que caminamos con Cristo Humilde,
que llevamos su cruz no por deber,
sino por amor.

Venid a la Hermandad,
porque aquí no hay distancia ni soledad.
Aquí hay familia, hay historia, hay verdad.
Aquí la amistad se hace oración,
y la fe se hace carne en cada servicio.
Aquí se aprende a compartir,
a escuchar, a crecer,
a descubrir que Dios también sonrío
en la alegría de los hermanos.

Cada ensayo, cada procesión, cada convivencia,
no es rutina: es comunión.
Cada cera encendida una oración.
Cada esfuerzo compartido, una lección.

Servir a la Hermandad es servir al cielo.

Y quien sirve con amor,
nunca pierde, siempre gana:
gana paz, gana esperanza, gana eternidad.

Porque en la Hermandad se custodia algo más que imágenes:
se custodia el alma de un pueblo,
la herencia de quienes antes caminaron,
la fe de nuestros mayores,
la unión de generaciones que rezan bajo un mismo manto.

Jóvenes, defendamos estos valores con orgullo:
la fe que nos sostiene,
la familia que nos forma,
la palabra que nos compromete,
la devoción que nos guía.
Defendamoslos con obras, con constancia y con amor,
porque donde hay fe y raíces,
hay futuro y esperanza.

No dejemos que el mundo nos adormezca,
ni que la rutina nos robe el fuego.
Seamos antorchas que no se apagan,
porque el Señor necesita corazones jóvenes
que le sirvan con pasión.

Joven humildista,
que hoy servimos en silencio y devoción,
recordemos que el futuro está en nuestras manos.
Mañana seremos Secretario, Prioste o Hermano Mayor,
pero sobre todo seremos testigos de una historia.
Una historia que no se escribe con tinta,
sino con fe, con lágrimas y con amor.

La grandeza no está en los cargos,
sino en la entrega sincera.

Y quien ama a su Hermandad,
quien la cuida, la defiende y la honra,
ya es parte viva de su eternidad.

**Por eso, jóvenes,
seamos fieles a nuestro origen y a nuestra misión.
Defendamos con orgullo lo que somos,
guardemos en el corazón lo que nos une,
y caminemos siempre bajo el manto
de la Virgen de los Dolores,
con la mirada puesta en el Señor de la Humildad.**

**Y cuando la tarde del Jueves Santo caiga,
cuando las calles huelan a cera y emoción,
cuando los ojos se nublen de lágrimas,
y el alma tiemble ante el paso del Señor,
recordemos que todo cuanto hemos hecho,
ha cobrado sentido,
cada esfuerzo, cada oración, cada ilusión,**

**Porque no hay honor más grande
que servir a Cristo Humilde,
arrodillado ante su amor.**

Primeros pasos en la juventud humildad

Mairena, pueblo que huele
a recuerdo y a mañana,
a calles que me han visto chico
y hoy me escuchan dando el alma.
Aquí estoy, casi sin creerlo,
con un micro que me llama,
intentando que en mis versos
se escuche entera nuestra casa.

Y si voy a contar mi camino,
que sea tal y como pasó,
sin adornos ni tonterías,
con la verdad por delante,
que es como se habla con Dios.

Y la verdad es que yo entré
al Grupo Joven sin pensarlo,
ni haber soñado ese paso,
ni haberlo tenido en mente.
Simplemente ocurrió.

Fue un Viernes de Dolores,
Parece que lo estoy viendo.
El templo en penumbra,
la gente callada,
el incienso volviendo loco al aire,
y esa sensación de que algo
te está llamando por dentro.

Termina el Vía Crucis,
y yo, con ese miedo bueno
que da la emoción,
le pregunto a Alberto si puedo
entrar al Grupo Joven...
y ya nada fue igual.

Desde entonces,
el Señor de la Humildad
con su mirada tranquila,
esa mirada que te atraviesa
sin hacer ruido,
me acompaña toda mi vida.

Y Ella,
la Virgen de los Dolores,
la de Mairena,
la que llora sin romperse,
la que sufre sin caerse,
la que nos mira como una madre de verdad,
es desde aquel día
mi refugio y mi fuerza.

Y desde este principio tan mío,
quiero retroceder con vosotros
y recorrer estos años de fe
como quien mira atrás en un vídeo
y se encuentra, de pronto,
a todos los suyos sonriendo.

Primero vuelvo a diciembre,
el mes del frío que reconforta,

el mes de las luces pequeñas
que parecen estrellas propias.

Ahí estamos los del Grupo Joven
como si fuéramos una piña,
montando el Belén entre chistes,
villancicos mal cantados,
entre “pásame el corcho”,
“esto aquí queda mejor”,
y entre un montón de momentos
que parecen nada...
y acaban siendo todo.

Porque sí, lo sé:
montar un Belén suena sencillo.
Pero cuando lo haces con fe,
con ilusión de niño grande
y con hermanos a los lados,
te das cuenta de que en cada figura
hay un trocito de lo que somos:
la sencillez de la cueva,
la risa de los pastores,
la luz del ángel que anuncia,
y ese Niño que, sin hablar,
te mira como diciéndote:
“Sí, hijo, por aquí vas bien”.

Pero el tiempo retrocede...
y yo retrocedo con él.

Antes de diciembre está septiembre,
que en Mairena suena distinto,

como si el aire viniera diciendo:
“Ya llega Ella... prepara el corazón”.

Los cultos de los Dolores
son de esos que te agarran fuerte,
que te ponen un nudo bonito en la garganta,
que te hacen mirar a la Virgen
y sentir que te entiende
aunque no digas ni una palabra.

Y llega el Rosario de la Aurora,
engalanando las calles de flores y
banderas de España con un verso hacia la
Virgen de los Dolores.

Qué cosa más grande, hermanos.
Caminar a la aurora,
con el fresquito tocándote la cara,
las aceras todavía dormidas,
y Ella avanzando despacito,
como si no quisiera despertar nada
pero sí despertar el alma.

Es un momento que te marca,
que te hace decir:
Esto es Mairena.
Esto es mi Hermandad.

**Pero sigo retrocediendo,
que aún queda camino por andar.**

Antes de septiembre llega mayo,
mes de glorias,

mes de cruces alzadas
como oraciones al cielo.

Mayo nos lleva de la mano
por Mairena, Paradas, Tomares...
por pueblos que nos abren sus puertas
y nos hacen sentir en casa.
Pero hay una representación
que el corazón guarda distinta,
una que se espera un año entero
para vivirla en un instante.

El Dulce Nombre de María,
en Alcalá de Guadaíra.
Arcos de flores que perfuman el alma,
cohetes que anuncian su llegada,
y vivas que brotan sinceros
cuando María pasa.

Allí la sentimos como ellos,
como si también fuera nuestra,
y comprendimos que la fe,
cuando se comparte,
se convierte en hermandad.

Hoy su Grupo Joven es nuestra madrina.
Gracias por vuestro abrazo,
por vuestra amistad sincera.
Que este hermanamiento no tenga final,
que sea para toda la vida,
y que caminemos siempre juntos
bajo el Dulce Nombre de María.

**Pero tengo que volver sobre mis pasos,
porque no se me ha olvidado**

Después de mayo está julio,
ese mes que cae a peso,
ese mes donde el sol de Mairena
parece tener orgullo propio.

Y aun así, organizamos,
con la mochila llena y el corazón abierto,
la Convivencia de Santiago,
que es como un festival de fe,
pero sin luces de colores
ni escenarios gigantes,
porque el escenario es el alma
y los colores los pone Dios.

Allí, jóvenes de toda la provincia,
cada uno con sus historias,
sus hermandades, sus caminos,
nos juntamos como si fuéramos uno solo.

Y Santiago, nuestro Patrón,
el Patrón de España entera,
nos mira y, no sé cómo,
pero te entra una fuerza
que ni tú sabías que tenías.

Es convivir, rezar, aprender,
reírte mucho,
y volver a casa sintiendo

que el año empieza allí,
aunque sea julio.

**Y todo ello, para que suenen las voces al cielo,
que España despierte en su entraña,
que el joven que sirve a su pueblo
jamás deje atrás su montaña.**

**Que viva quien guarda su fe,
que viva quien nunca se engaña,
que viva el apóstol que guía,
¡Nuestro Patrón y el Patrón de España!**

Cuaresma

Cuaresma en Mairena...

Tiempo de silencios que despiertan,
tiempo en que la Hermandad de la Humildad
comienza a oler a incienso temprano
y a sonar a latido compartido.

Porque cuando llega febrero que ya toca a marzo,
cuando el aire trae un aroma nuevo
y el templo se viste de espera,
las puertas de nuestra Hermandad
se abren como un abrazo antiguo
para recibir las manos que trabajan,
que pulen, que rezan sin hablar.

Y entonces empieza el rito...

Ese rito humilde y cotidiano
que sólo entienden los que aman.
Comienza a limpiarse la plata.
Las manos veteranas y jóvenes
acarician candelería, varales y respiraderos,
que brillan de nuevo
como si la luz quisiera quedarse a vivir en ellos.

Se pule la plata del palio,
la que guardará los suspiros de Mairena entera
cuando la Virgen pase.
Cada enser vuelve a renacer,
como si quisiera adelantarse a la gloria
de un nuevo Jueves Santo.

Y mientras la plata resplandece,
en un cuarto cercano suena otra música:
la de las costureras de la Hermandad.
Ese grupo de mujeres,
alma callada de cada detalle,
que entre hilos, tijeras y dedales
van preparando con mimo
las ropas de los acólitos,
dejándolas como un suspiro blanco
a punto de elevarse ante el Señor y la Virgen.

Y entre esas manos benditas
están mi madre, mi hermana y mi tía,
tres columnas de mi vida,
tres mujeres que han cosido mi fe
puntada a puntada,
como quien remienda también el alma.

Ellas son quienes me prueban la ropa,
las que ajustan cada pliegue,
cada botón, cada caída del tejido,
mirándome con ese cariño
que sólo conocen las que aman sin medida.

Y en el Jueves Santo...
son también ellas quienes me visten.
Colocan la alba con respeto,
me ajustan el cingulo,
me bajan la dalmática con una caricia
y, antes de ponerme la medalla,
me dedican esa mirada que lo dice todo:
“ve con Él, que nosotras vamos contigo”.

Ellas, que quizá no salgan al paso,
ni portan varas,
ni reciben aplausos,
son sin embargo
el primer eslabón de mi devoción.
Porque sin sus manos,
sin su dedicación callada,
sin su forma de enseñarme la fe
a través de la costura y el amor,
yo no sería el humildista
que hoy está diciendo este pregón.

Y en secretaría, suena la música de que se acerca el gran día
se abre la recogida de las papeletas de sitio.
Allí se alinean nombres, promesas,
años de devoción heredada.
Cada papeleta es un “aquí estoy”,
un testimonio sencillo,
una respuesta a la llamada silenciosa
del Señor Humilde.
Y uno a uno, los hermanos se acercan,
y reciben su sitio,
que no es un número,
sino una historia de fe que continúa.

Pero la Cuaresma sigue avanzando...

Y llega el Viernes de Dolores,
esa antesala santa
que pone al corazón en vilo.
Suena el rezo del Vía Crucis,
y por las calles de Mairena
camina la Virgen de los Dolores entre murmullos y faroles,

y todo es respeto, silencio,
y esa emoción que sólo entiende
quién ha visto a la Madre de Dios.

Tras el rezo,
la Hermandad vive uno de sus momentos más hondos:
el traslado de nuestras Sagradas Imágenes
a la Casa Hermandad.

Allí, paso a paso,
casi sin respirar,
se prepara las escaleras
donde el Señor de la Humildad
será alzado de nuevo en su paso,
como si el cielo y la tierra
se volvieran a encontrar.

Y Ella...

Ella espera.
La Virgen de los Dolores aguarda paciente,
mirando a su Hijo,
mientras los hermanos lo suben al paso
con ternura y temblor.
Su rostro parece decirlo todo:
que aceptar el dolor también es amar,
que la fe se escribe con lágrimas serenas
y con una fortaleza
que sólo conoce la Madre de la Humildad

**Y así, mientras el Señor toma su lugar,
mientras la plata ya limpia
refleja la luz de la fe mairenera,
a Ella me dirijo,**

**con el respeto de quien sabe
que mira a la Reina de los Cielos:**

**Dolores Santa, Madre mía,
rosa humilde de la calle Hondilla,
que en tu pena y tu agonía
eres consuelo y maravilla.**

**Bendita seas en tu espera,
reina serena del quebranto,
que ves subir a tu Hijo al cielo
sobre el galeón hecho de llanto.**

**Madre, tu mirada es faro,
tu silencio, fortaleza,
y en tu rostro se hace claro
que Dios se inclina ante tu belleza.**

**Quédate, Señora, a nuestro lado,
cuando el Señor suba a su paso,
que tu dolor se haga sagrado
y tu ternura, nuestro abrazo.**

Llegó el día

**Y cómo no, llegó ese día
el Jueves Santo que el humildista ansía.
Son las ocho... y ya te vas poniendo el traje,
arreglando la ilusión,
que hoy toca Hermandad temprano.**

Pero antes, como suele ser mi tradición,
en convivencia fraterna te paras en la plaza
a tomarte una tostá.

Y ya surgen historias de otros Jueves Santos pasados,
risas tempranas en la vitrina,
recuerdos dorados
y los lacitos que colocas con cuidado
para que no vayan a pinchar,
mientras la ropa de nazareno
espera con la capa bien planchá.

Terminan las historias...
y comienza un nuevo amanecer;
vamos camino de la Hermandad
y al llegar, ya en el barrio,
florece nervios,
alegría,
y un ansia de salir que incendia el alma mía.

Y apareces **Tú**,
sentado y esperando ser crucificado,
humilde, paciente,
Rey obediente,
avasallado en dolor,
pero lleno de majestad y esplendor
como sólo puede tenerlo un Dios.
Dios que reparte en silencio
sosiego, quietud y amor.

**Señor de la Humildad,
Señor del Jueves Santo...
que esta oración sea la de un joven humildista**

**que por sentir tu mirada
entregaría años de su vida.
Solo te pido, Señor,
que escuche clara tu llamada en mi primera levantá,
y cuando aprieten los kilos
no me dejes atrás,
que yo quiero ser tus pies flamencos
cuando salgas de tu Hermandad.**

**Tras de Ti, tu Madre, Señor...
¡qué obra tan hermosa
hizo Illanes, Padre!
Que tiene a toda Mairena
rendida tras sus varaes.**

**Stabat Mater Dolorosa,
cómo pudiste aguantar tanto dolor,
cómo viste a tu Hijo ser crucificado,
siendo Tú, Señora de los Dolores,
flor humilde de la calle Hondilla,
con siete espadas que hirieron tu alma sencilla.**

**Tu rostro de niña bonita
jamás tan marcado estuvo,
y por eso, Virgen bendita,
tu desconsuelo profundo
me hace que broten lágrimas
sin rubor alguno.**

**Siete Dolores profundos,
siete Dolores que amargan,
y que vuelan como palomas
cuando pasas por la peana.**

**De Simeón fue la profecía anunciada,
luego la huida a Egipto,
la pérdida angustiada,
el encuentro en el Calvario,
la cruz alzada,
el descendimiento y
el entierro...
¿Cabe más dolor
en tus entrañas?**

Y dan las cinco de la tarde...
Te preparas para ir a la Hermandad:
túnica, capa y antifaz.
Jóvenes, estad alegres,
que hoy cumplís el sueño heredado
de vuestras familias y su bondad.
Y benditas sean las madres,
los besos que siempre dan
cuando sales de tu casa
camino de tu Hermandad.

Llegas y ves los rostros
de los que un año más quieren salir,
y los que ya no pueden más
y es su último andar ante su Virgen y su Señor de la Humildad
Los niños humildistas en carritos,
pisan primero las huellas del Señor,
mientras sus padres costaleros
piden por su salud, su fuerza y su amor.

La tarde avanza y

**Cuando llega a la plazoleta la cuadrilla flamenca de mi Señor
se hace lucir .**

Mas yo nunca olvidaré aquel 2015

en esa plazoleta;

porque cada vez que lo recuerdo

las lágrimas quieren brotar.

Mi padre era capataz del Señor

y dijo: “siempre humildes en el trabajo. Quiero verlo volar,

para que las almas humildistas que ya no están

lo tengan cerquita de aquí a la eternidad”.

Sonaba la marcha eternidad

“David, lo que tú quieras, mi alma”.

con tres izquierdos,

tras ellos una caída suave en los costeros,

y finalizó con tres pasos flamencos;

así fue como se presentó a Jesús el Nazareno,

el Señor de nuestros hermanos jesuitas,

por nuestra amistad eterna y que seamos por siempre

humildes nazarenos.

Anochece en Mairena...

y llega la vuelta a la Hermandad.

Lo que era flor se marchita,

y por la calle Gandul viene **Anavah**,

galeón elegante, siempre de frente,

a sones de Virgen de los Reyes.

¿Quién lo podría igualar?

Y en el número tres... mi abuela,

esperando ver a su nieto pasar,

pidiendo por los suyos,

por mi abuelo que en el cielo está.

Y yo lo siento conmigo,
mano en el hombro,
calmando mi ansiedad,
como hoy que me acompaña
para que este pregón
pueda sonar fenomenal.

Cuando escribía este verso
ni palabras me podían brotar
para agradecerte, abuelo mío,
tus principios y tu bondad:
el cariño, la tolerancia y
la humildad.

Qué imagen más grande de fe
que la de una abuela al mirar
al Hijo de Dios pasar.

Tras Cristo humilde... su Madre dolorosa.

Deseando llegar a Daoiz,
donde almas puras y hermosas
un ramo de flores le quieren entregar
para que los cuide y proteja
en su infinita diversidad.

Son los niños de AMEE,
que con fervor y humildad
nos entregaste de la mano
del amor de Dios y su verdad.

Madre santa, te lo ruego:
dales protección, luz y salud.

**Y ya el pregón
también debe entrar**

**en el templo del silencio
y del recuerdo universal.
Como cada Jueves Santo,
suena la marcha ``La madrugá`` al entrar
Nuestra Señora de los Dolores,
que ve su día soñado
a punto de finalizar.
Todos en la casa hermandad
rezan, buscan perdón,
antes de que se cierre el templo
y termine este día de gran devoción.**

**Y así, hermanos, con el alma encendida,
con la frente en alto y el corazón en paz,
diré, con voz firme y clara,
que la Hermandad vive,
que la fe no muere,
que la juventud humildista sigue en pie.**

**¡Por el Señor de la Humildad!
¡Por su Madre Dolorosa!
¡Por la Hermandad que nos une y nos da razón!**

**Y que resuene en nuestras calles,
en nuestras casas y en nuestros corazones,
que mientras haya un joven humildista con fe,
habrá esperanza, habrá Hermandad y ¡habrá Dios!**

¡He dicho!

